

dad pública, al crédito exterior y al respeto que las naciones extranjeras concedieran á su gobierno.

Apenas empuñó Bustamante el bastón de mando, cuando empezaron las sublevaciones, desencadenándose por todas partes la locura revolucionaria, y aun cuando las primeras intenciones quedaron sofocadas, renacieron en diversos puntos de la República, y se renovaron á cada momento. El gobierno carecía de recursos en momentos que eran estos tan indispensables, y tuvo que apelar á nuevas contribuciones, y á tales recargos sobre el pueblo, que se pensó en hipotecar los bienes del clero.

Nuevo motivo de conflicto fueron las elecciones para ayuntamientos, y manantial de alarmas la falta de libertad en la imprenta, y las trabas impuestas á los periódicos. Tristísima era la situación política en los comienzos de 1838, sobre todo por el estado de relaciones con Francia, y haber tenido la República que soportar la humillación de que la bandera francesa ondease en Ulúa y que Veracruz fuera ocupada por sus tropas, alegando la falta de cumplimiento á los convenios estipulados con los sucesivos gobiernos mejicanos, y dando lugar á que el ministro francés, estuviera más agresivo cada día, retirándose á Veracruz, el 16 de Enero de 1838, embarcándose en el bergantín de guerra «Laperouse», pero como encontrase á la salida un bergantín francés, conductor de despachos de su gobierno, volvió á Sacrificios, con el bergantín «Laurier».

El monarca francés envió una escuadra, y el ministro que permanecía en Sacrificios, dirigió un «ultimatum» pidiendo se hiciese entrega de seiscientos mil pesos en el término de quince días, como indemnización de daños y perjuicios, causados á súbditos franceses.

El presidente Bustamante, trató de levantar el espíritu público, ya de por sí excitado contra Francia, por el insulto que había inferido á la República, al negar audiencia al ministro mejicano Garro, y por los escritos publicados contra México, país que se consideraba en aquellos folletos, como una madriguera de foragidos, de cobardes y de incivilizados.

El gobierno rechazó tratar con el ministro Deffandis y que no lo haría tampoco mientras estuviera amenazado el puerto

de Veracruz por la escuadra francesa. Tan antipolítica resolución dió por consecuencia el completo rompimiento, y que el comandante de la escuadra declarase bloqueados todos los puertos de la República mejicana. Tropas del gobierno avanzaron hacia Veracruz, único puerto que fué bloqueado, pues los franceses obtenían en los demás favorable acogida, y comerciaban con los vecindarios, siendo Veracruz, la que por entero sufrió las consecuencias de aquella antidiplomática política.

El general don Manuel Rincón, intentó la defensa de Ulúa y Veracruz, donde se carecía en absoluto de pertrechos de guerra, y cuyas fortificaciones, estaban casi en estado ruinoso.

Los franceses reforzaban su escuadra y se disponían al ataque del castillo y de la plaza, donde había en Noviembre, dos mil quinientos soldados. La opinión nacional no tenía confianza en el gobierno, y por otra parte, miraba los acontecimientos casi con indiferencia, y sin tomar parte directa en la cuestión.

El presidente Bustamante veía crecer las dificultades y carecía de numerario para costear lo más preciso y defender el puerto de Veracruz. Tenía además el presidente otros motivos de honda preocupación con los Estados Unidos, España, Guatemala y también con los Estados de la República empobrecidos y dispuestos á la revolución iniciándose ésta en el estado de Sonora, en Michoacán, en la sierra de Puebla, en Culiacán y Misiacán; hubo departamentos federalistas, otros centralistas, y en todos se iniciaba un sistema de terror.

Varios hombres políticos, creían que el país debía pedir auxilio á los Estados Unidos, y otros á Europa, mientras que en la capital trabajaban abiertamente los federalistas contra el centralismo. El gobierno era impotente para contrarrestar la miseria y la ignominia. El 27 de Noviembre se rompieron los fuegos contra Ulúa, y como este castillo, estaba mal guarnecido á pesar de sus conatos de defensa, fué puesto fuera de combate á las tres horas de fuego. La guarnición se batía sin entusiasmo porque eran soldados bisoños, y las fortificaciones no formaban sino un montón de escombros. El general Gaona, solicitó que cesaran las hostilidades, y la respuesta fué exigir la rendición. El 28 de Noviembre, capituló el castillo, y

al ocuparlo las tropas francesas, izaron su pabellón, saludándolo con veintiún cañonazos. Según las condiciones de la capitulación, se suspendía el bloqueo por espacio de ocho meses, hasta efectuar un arreglo definitivo, comprometiéndose el general francés en que al hacerse el convenio, devolvería el castillo con los pertrechos de guerra allí existentes. Las condiciones de este armisticio habían sido hechas por el general Rincón, y en una junta presidida por Santa Anna.

Aquella capitulación no fué aprobada por el gobierno, que decretó aumentar el ejército, declarar la guerra á Francia y expulsar de la República, á todos los franceses no casados con mejicana.

La actitud del Ejecutivo hizo que Santa Anna, intentara la defensa de Veracruz, siendo herido entonces al rechazar las fuerzas francesas, y promoviendo un nuevo tratado. Santa Anna recobró en una hora toda la popularidad perdida.

Bustamante, pidió al Congreso, permiso para ponerse al frente de las tropas y salir contra los sublevados de Tamaulipas, y concedido, declaró el Poder Conservador, que Santa Anna, era elegido por la nación para substituir á Bustamante, que salió el 18 de Marzo de 1839, para Tampico. En Guadalupe se detuvo hasta el día veinte y allí recibió la noticia de que los diputados habían aprobado el tratado de paz con Francia. A mediados de Junio del mismo año volvió á México el general Bustamante, sin haber obtenido ni gloria ni resultado en aquella campaña.

Don Antonio Lopez de Santa Anna

(SEGUNDA EPOCA)

Santa Anna que había perdido mucho de su prestigio al caer prisionero de los Estados Unidos, tomó por sí la defensa de Veracruz, al saber estaba atacada por las tropas francesas, y se defendió en los cuarteles, siendo herido en la pierna y mano izquierda, y muerto el caballo que montaba, disponiendo lo condujeran al sitio llamado los Pocitos, resuelto á defenderse como así lo indicaba en el parte oficial, mandado al gobierno; añadiendo que había rechazado las fuerzas invasoras, quitándoles una pieza, batiéndolos á la bayoneta hasta hacerlos reembarcar. Exageraba la gravedad de su herida, «que será la última, decía, que haya recibido por salvar á la patria.» «Pido, añadía, al gobierno que en estos médanos sea sepultado mi cuerpo para que sepan mis compañeros de armas cual es la línea de batallá que les dejo marcada: que de hoy en adelante, no osen pisar nuestro territorio con su inmunda planta los más indignos enemigos de los mejicanos; exijo también de mis compatriotas, que no manchen nuestra victoria atacando á los franceses indefensos, que bajo la garantía de nuestras leyes, residen entre nosotros para que siempre nos presentemos ante el mundo, magnánimos y justos, así como valientes para defender sacrosantos derechos. Los mejicanos todos, olvidan-

México. Tomo II.—6

do mis errores políticos, no me negarán el único título que quiero donar á mis hijos: el de buen mejicano.»

El parte como puede juzgarse bajo aparente modestia, encerraba un mundo de exageraciones y de vanidad, pero que al llegar á México, causó profundísima impresión: devolvió la popularidad á Santa Anna y le dió de nuevo la presidencia. Los médicos que reconocieron en los Pocitos, las heridas de Santa Anna, miraron indispensable la amputación de la pierna, cuya operación llevaron á cabo al día siguiente.

En Febrero de 1839, aun convaleciente, llegó á México, para encargarse del gobierno.

El cura párroco de Veracruz, sepultó la pierna cortada en la hacienda del general «Manga de Clavo,» siendo trasladada más tarde al cementerio de Santa Paula de México, y depositada en arca monumental hasta que el 6 de Diciembre de 1844, fué demolida por los revolucionarios que se apoderaron de la pierna cortada.

La entrada de Santa Anna en México, fué un verdadero triunfo, aumentándose el entusiasmo al verle tendido en una litera que escoltaban los granaderos del regimiento del Comercio. Los vivas se sucedían, y el nombre del vencedor de Tampico y Veracruz, estaba en todos los labios.

El primer acto de su gobierno fué la aprobación de los convenios con Francia que ofrecían paz para los dos países, nombrando árbitro de la cuestión á un tercero, comprometiéndose México al pago de seiscientos mil pesos en tres plazos. El castillo de Ulúa fué devuelto por los franceses, quienes se llevaron setenta y un cañones.

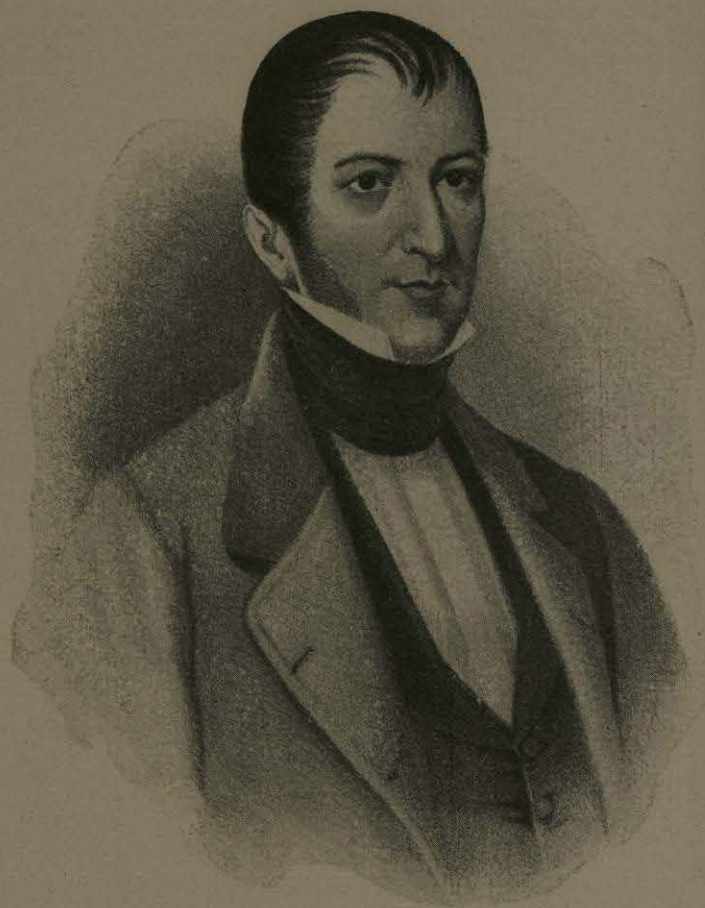
La República continuaba revolucionada; las sublevaciones eran cada día más frecuentes, y Santa Anna, aun en cama, porque la amputación no estaba bien curada, resolvió tomar medidas sensacionales dando un bando de ser perseguido y arrestado todo individuo perturbador del orden público; suspendió varios periódicos, determinando salir en persona para batir á los revoltosos de Tampico, Mejía y Urrea; pidió parecer al Consejo para trasladarse á Puebla, y sin aguardar permiso de las Cámaras, salió en litera el 30 de Abril, con tan buen acierto que impidió la sublevación de aquella ciudad. Con su belicosa elocuencia calmó la excitación, dejó el mando

al general Valencia y se hizo conducir hasta donde estaban los enemigos, pero la batalla había sido sangrienta, derrotados los federalistas y presos los caudillos. Santa Anna recibió el parte en Acajete, y el ministro de la Guerra, dispuso el fusilamiento de los principales cabecillas. Fué ejecutado Mejía.

Aquella victoria se debió á la impetuosa actividad de Santa Anna que había reunido tropas y recursos, y volvió á la capital en medio de vítores y halagado por el aura popular. No hubo lisonjas ni plácemes que no se prodigarán al héroe del día, y sin embargo, seguían las rebeliones amenazando al gobierno sin que Santa Anna abrigase temores. El Congreso le condecoró con una placa y una cruz de pedrería, oro y esmalte, con dos espadas cruzadas enlazadas con corona de laurel y un lema que decía: «Al general Santa Anna, por su heroico valor el 5 de Diciembre de 1838, la Patria reconocida.»

Por aquel entonces llegó un representante de los Estados Unidos para entrar en negociaciones con el gobierno, sobre el reconocimiento de la independencia de Tejas, que ya oficialmente lo había sido por Francia é Inglaterra. Santa Anna no recibió al comisionado, pero dió sus órdenes para vigilarlo y obligarle á reembarcarse.

Empeorado Santa Anna y sufriendo de la herida, renunció el gobierno, y como Bustamante no volvía aún á la capital llamó Santa Anna al general don Nicolás Bravo, le hizo prestar jurament como presidente del Consejo, y puso en sus manos el mando de la República.



Nicolás Bravo

GENERAL DON NICOLÁS BRABO
MIEMBRO DEL PODER EJECUTIVO, PRIMER VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y PRESIDENTE INTERINO EN 1843 Y 1846

Don Nicolás Bravo

(PRIMERA ÉPOCA)

Entre los esclarecidos patriotas que en la historia de la Independencia mejicana legaron su nombre á la posteridad, señalaré el de don Nicolás Bravo, en aquella época fecunda, en la cual fué la lucha obstinada y sostenida por los principios de libertad.

Por el año de 1781, nació el día 10 de Septiembre en Chilpanzingo, un niño hijo de acomodada familia y destinado á alcanzar en la historia mejicana una página de oro. Desde muy joven se afilió en el ejército independiente como lo habían hecho su padre don Leonardo y su hermano. En 1811 tenía el mando de la guarnición de Tixtla al lado del valeroso jefe Hermenegildo Galeana. Tocóle en suerte pelear á las órdenes del ínclito Morelos, y en el glorioso ataque y toma de Tenancingo, se cubrió de gloria. Desde ese día Nicolás Bravo, fué uno de los heroicos jefes que compartieron peligros y triunfos con Matamoros, Galeana, Allende y otros.

«En páginas de bronce (1) graba la historia las excelsas virtudes y heroísmo de privilegiados seres y sus hechos preclaros, aparecen más radiantes á medida que los años pasan, y se suceden las generaciones. Justiciara la posteridad los co-

(1) Americanos célebres.

loca en el templo de los inmortales, donde al despertar universal admiración, sirven de ejemplo á las edades venideras.

Hace algunos años que México, la hidalga patria de Nicolás Bravo, y el Estado de Guerrero su cuna, evocaron su memoria, rindiendo público homenaje al generoso vencedor en el Palmar, al leal campeón en la gran causa mejicana, al que intransigente con el enemigo, asombró al universo por su clemencia.

Don Leonardo Bravo, padre de nuestro héroe había caído prisionero en la hacienda de San Gabriel, después del famoso sitio y dispersión de Cuautla, y el virrey Venegas, condenó á muerte al valiente patriota. El día 13 de Septiembre de 1812, era el día en que debía ser pasado por las armas, cuando don Nicolás Bravo, ofreció al virrey, trescientos prisioneros realistas, como rescate de la vida de su padre. El virrey rehusó y la sentencia fué ejecutada.

La fortuna, cual si probar hubiera querido la grandeza de alma de Bravo, había puesto en sus manos los trescientos prisioneros españoles. El vencedor en el Palmar, por ley de represalias y embargado aun por la funesta muerte de su padre, podía satisfacer la venganza. En el primer impulso dió la orden de fusilar á los trescientos prisioneros, y al día siguiente debía ejecutarse, pero durante la noche el pensamiento de aquella horrible carnicería, horrorizó su corazón «y no pudiendo tomar el sueño, dice el caudillo en una carta dirigida al historiador don Lucas Alamán, me ocupé en reflexionar que las represalias disminuirían el crédito de la causa que defendemos y que observando una conducta contraria á la del virrey, podría yo conseguir mejores resultados, cosa más halagadora que mi primera resolución; pero se me presentaba para llevarla á efecto, la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad, cuyo asunto me desveló toda la noche hasta las cuatro de la mañana, que me resolvía á perdonarlos de una manera que se hiciera pública y surtiese todos los efectos en favor de la causa independencista.»

Rudez debió ser la lucha sostenida en el alma de Nicolás Bravo, entre sus deberes de patriota, el hondo pesar por la muerte de su padre que pedía venganza, y los sentimientos generosos, que albergaba su corazón.

A las ocho de la mañana, hizo formar la tropa y colocar en el centro á los trescientos prisioneros que presagiaban su próximo fin, y mentalmente dirigían un supremo adiós á la lejana patria y al hogar.

Los soldados, sólo esperaban la orden del victorioso jefe, para hacer fuego sobre los sentenciados. De repente un fulgor extraño iluminó los ojos de Nicolás Bravo; una idea gigante, un pensamiento sublime, se sobrepuso al justo rencor y á la cruel amarga alternativa. Clara, firme, vibrante, resonó la voz del victorioso en el Palmar. «Este es el momento, dijo, de manifestar á mis enemigos y al mundo la venganza que toma el general Bravo, contra los asesinos de su padre y los opresores de su patria. Ordeno vuestra libertad. En la costa os aguarda un buque. Si otra vez alguno de vosotros, aparece en este país, pagará con su vida. Id á decir á vuestro rey, que este es el modo con que la República mejicana se venga de sus enemigos.»

Tan generosas palabras, son monumento imperecedero, que resistiendo á la labor de los siglos harán sea perdurable en el universo la memoria de don Nicolás Bravo.

Desde ese día la vida del guerrero fué una continuada serie de gloriosos triunfos, sobre todo el alcanzado el 30 de Abril de 1813 en la posición de Puente Nacional, donde dió muestras de un valor verdaderamente heroico.

En San Juan de Coscomatepec, sostuvo el sitio por más de treinta días, con cuatrocientos cincuenta hombres, llegando á reunir hasta mil para hacer frente á los ataques de los españoles.

En 1814 y 1815, se batió á las órdenes de Morelos, y más tarde, después de recibir recursos de Guerrero para la guerra, continuó su viaje, evitando todo encuentro con Armijo, acampando por fin en el pueblo de Ajuchitlán. En Aóporo batió y derrotó á la división enviada por el virrey; sitiado y falto de víveres logró salvarse con algunos de sus soldados cuando vió imposible la defensa, y á pie y rendido por el hambre, anduvo más de treinta leguas hasta el rancho del Atascadero.

El 22 de Diciembre de 1817, cayó prisionero y debió la vida en Cuernavaca al mismo Armijo, permaneciendo en la cárcel hasta el decreto de 13 de Octubre de 1820. El animoso

mejicano, tuvo constantemente barra de grillos, y como sus haciendas estaban confiscadas, se dedicó á la pequeña industria de hacer cigarreras de cartón, de las cuales la que escribe estas líneas, ha visto una, conservada por familia admiradora de don Nicolás Bravo.

Al proclamarse el plan de Iguala, conferenció Bravo con Itúrbide, quien le dió el despacho de coronel y no el de teniente general que había obtenido en la primera época de la Independencia, porque el héroe de Iguala, tenía el mismo empleo.

En 1822 fué nombrado coronel del primer regimiento de caballería, formado con gragones de México y las escoltas del Palmar y de Guerrero.

En 1823 marchó á Veracruz y se adhirió á Santa Anna, contra el Imperio. Vencedor aquél, confió á la lealtad de Bravo la custodia del ex-emperador y de su familia, misión que Bravo cumplió con caballería y patriotismo, no abandonando al prisionero, hasta que lo dejó embarcado en la fragata inglesa «Rowllins.»

En 1824 siendo miembro del Poder Ejecutivo, pasó á Jalisco: aceptó en Lagos la capitulación con Quintanar, y al volver á la capital á ocupar su puesto en el gobierno provisional, fué electo vicepresidente en competencia con Guerrero.

Bravo se unió al partido centralista al cual pertenecían los españoles y el alto clero, por lo que fué el jefe de los escoceses, y cuando éstos atacaron al gobierno federal capitaneó á los revolucionarios que contrariaban la expulsión de los españoles. Tomó parte en 1827 en el plan Montaña, y situado en Tulanzingo fué vencido por el general Guerrero, y hecho prisionero debió ser juzgado con toda severidad, pero recordando sus grandes servicios, el presidente Victoria obtuvo del Congreso que la sentencia se conmutara en destierro. Nicolás Bravo se embarcó por Acapulco, estuvo en Guayaquil y Centro América, hasta 1829 que al volver á pisar el suelo patrio, le dió Santa Anna, el mando del ejército del norte. En Enero de 1831 derrotó á los guerreristas frente á Chilpanzingo, otorgándole el Congreso una espada de honor, porque aquella batalla fué la decisiva y por ella se extinguió la revolución. En 1839, prestó juramento como presidente del Consejo, renunciando

al derecho que le otorgaba la Constitución para ocupar la presidencia interina, pero no aceptándosele la renuncia juró el 10 de Julio y tomó posesión como presidente de la República.

En el corto espacio de su mando, dió pruebas de prodigiosa actividad, y al regresar el general Bustamante, encontró los asuntos de gobierno al corriente y en perfecto estado, pues Bravo era hombre que empezaba su despacho á las diez y trabajaba hasta las cuatro.

Cuando el general Bustamante volvió á ocupar el solio presidencial, Bravo se retiró á la vida privada.



*Dr. José Sixto
Verduzco*

DON JOSÉ SIXTO VERDUZCO

PATRIOTA Y VOCAL DE LA PRIMERA JUNTA DE ZITÁCUARO. - Año 1811

Don Anastasio Bustamante

(TERCERA EPOCA)

El 19 de Julio de 1839, llegó el general Bustamante á México, y entró en la capital acompañado por las corporaciones, con la guarnición formada á su paso, entre repiques de campanas y salvas de artillería. Tan risueño aspecto fué de corta duración, pues al nombrar el nuevo ministerio, comenzaron las discordias y la pugna entre los altos poderes. El presidente restableció las fuerzas de seguridad pública, y prestó toda su atención á la lucha que se iniciaba entre el Consejo y el Ejecutivo. El primero deseaba que al reformar el código se hiciera solamente en aquellos puntos indispensables, mientras que el presidente, quería una reforma total, pues que aquél no tenía toda la altura, ni fuerza necesaria para solucionar algunas cuestiones de interés general, y después de un discutir borrascoso, se aprobó lo que había resuelto el Poder Conservador.

La República marchaba rápidamente hacia un abismo sin fondo, pues en el interior había rebeliones, hambre, epidemias, propagándose la idea de independizarse algunos Estados á imitación de Tejas.

Un hecho notable de la administración Bustamante, fué la llegada del primer ministro español don Angel Calderón de la Barca manifestándose, tanto el gobierno mejicano, cuanto

CAROLINA ALFONSO

el representante de España, dispuestos á estrechar amistosas relaciones entre ambos.

En 1840 estaba decidido el general Bustamante, á continuar la guerra y á someter de nuevo á Tejas, y con este objeto, pidió facultades al Congreso, no sólo para adoptar las medidas que creyera necesarias, sino también para hacer los gastos indispensables, pues que el gobierno carecía por completo de numerario, y sólo á costa de ruinosos empréstitos, conseguía sostener las cargas del Estado.

El 11 de Abril de 1839, se había firmado en Washington, una Convención para dirimir las cuestiones pendientes con aquella República.

Los ánimos exaltados por las alternativas y las dificultades, atacaban al gobierno por medio de la prensa, y hubo periódico que manifestó la necesidad de hacer caer algunas cabezas, arreciando la tempestad y creciendo el espíritu anárquico. En Yucatán se enseñoreó la revolución, y para sofocarla, se mandaron tropas de Veracruz, que fueron vencidas y cayeron en poder de los revolucionarios, propagándose la sedición á los Estados limítrofes.

No podía juzgarse del estado del país sino considerando que el tesoro estaba exhausto; relajado el espíritu de autoridad; la miseria entronizándose en el pueblo, y los bandidos recorriendo á mansalva, caminos y ciudades. El general Urrea, preso, ganó por medio de dádivas y promesas algunos militares, logrando salir de la prisión, y sorprender el palacio en la madrugada del 15 de Julio de 1840, y llamar á Gómez Farias, para que secundara el movimiento y se pusiera al frente de los negocios públicos.

A las cuatro de la madrugada el coronel Ivari y el capitán de la guardia de palacio, hicieron saber al general Bustamante, que los soldados ocupaban todo el recinto, y que no sería fácil la defensa. El presidente, intentó defenderse, pero los soldados le intimaron rendición amenazándole con hacer fuego. Tanto al general Urrea cuanto á don Valentín Gómez Farias y á los que le acompañaban, los recibió el presidente con altanera rudeza, quedando en su propia habitación custodiado por sesenta hombres de infantería.

El general Valencia tuvo noticia en Tacubaya de lo acontecido en México, y sabiendo que en la Ciudadela, era el centro de los leales, se dirigió llevando una columna de trescientos hombres formando su cuartel de operaciones en San Agustín; de allí tomó las alturas próximas á palacio y colocó la artillería con tan buen acierto que libertó al presidente, y á las diez de la mañana del día siguiente, Bustamante, escoltado por veintiocho dragones, se dirigió al punto donde se encontraba Valencia.

Gómez Farias y varias comisiones, pretendieron la noche anterior que Bustamante aceptara la revolución, siéndole presentadas varias bases que no quiso firmar, ofreciendo únicamente influir si le dejaban libre con el comandante de aquellas tropas que le eran adictas, tal fué la causa de su llegada al campo del general Valencia. La ciudad se dividió en dos bandos, y al extenderse por toda la República, la noticia de lo sucedido, se puso Santa Anna, en marcha con algunas fuerzas del ejército, pero al llegar á Perote, volvió á su punto de partida, porque el motín había concluido, siendo por extremo deshonrosas las capitulaciones para el general Bustamante, que aun permaneciendo en el gobierno no tenía un instante de reposo, por las muchas sediciones que estallaban por todas partes.

Los revoltosos de Yucatán y Tabasco, se posesionaban del territorio de Huimanguillo y Yucatán reconoció á Tejas, como estado independiente.

Don José María Gutiérrez Estrada, publicó un folleto que produjo verdadera alarma, pues que manifestaba que para acabar con la anarquía sería preciso llamar á un príncipe extranjero, porque en México, no existía un hombre que por su ilustración, por sus energías y por su patriotismo, fuera capaz de tranquilizar al país, y encauzarlo por una vía de orden y prosperidad.

El general Bustamante llamó traidor á Gutiérrez Estrada, y calificó de delirios y de locura, sus opiniones emitidas. Todo en conjunto era contrario al gobierno, y de nada sirvió que Bustamante, llamase al ministerio de Relaciones, á don Sebastián Camacho; nada tampoco consiguió con las facultades extraordinarias concedidas al ministro de Hacienda Canseco, ni

CAPITULO ALFONSO

tampoco el autorizar al presidente para llevar á cabo un empréstito de dos millones de pesos.

Santa Anna no vivía descuidado, su espíritu inquieto y emprendedor necesitaba una sublevación: el castillo de Ulúa fué puesto en pie de guerra y Córdoba, Jalapa y Orizaba, recibieron refuerzo para sus guarniciones: el pronunciamiento fué un hecho cuando la asamblea departamental de Jalisco dió un decreto reduciendo á siete por ciento el derecho de consumo, y declarando suspendido el cobro de la contribución personal; á tal decreto siguió de cerca una proclama del general Paredes y un nuevo plan, pidiendo se congregara un Congreso que reformase la Constitución. Era increíble el cúmulo de planes, de opiniones, de ambiciosas iniciativas, capitaneadas por los numerosos enemigos del gobierno, los que principalmente se declararon en favor del plan de Paredes.

El general Valencia, el hasta entonces fidelísimo partidario de Bustamante, encabezó el levantamiento del 31 de Agosto que el presidente intentó sofocar poniéndose á la cabeza de tropas que le eran leales, declaró á México en estado de sitio, merced á las facultades extraordinarias acordadas por las Cámaras; ordenó fueran libres de derechos los artículos de primera necesidad, y suprimió la libertad de imprenta.

El 12 de Septiembre por la noche, desertaron una parte de las tropas del gobierno, creciendo el conflicto en que éste se encontraba, y aumentándose al recibirse las subversivas comunicaciones de Santa Anna, que proclamaba el plan de Jalisco, declarándose abiertamente en contra del Ejecutivo, y siguiendo su marcha hasta Tacubaya. Bustamante se puso á la cabeza de las tropas para ir á batir á Paredes y á Cortaza, y en la hacienda de la Patera, tuvo una conferencia con aquel general, siendo incalificable su conducta al no impedir que las fuerzas revolucionarias se reunieran en Tacubaya. Bustamante presentó su renuncia que admitida por la Cámara, no lo fué por la de senadores, y desde luego los dos bandos, se dispusieron á la lucha.

Santa Anna situado en la Calzada de la Viga, cortó la entrada de víveres á la capital, y atacado por Bustamante en el puente de Jamaica, lo rechazó desalentándole de tal modo que emprendió la retirada por el camino de Guadalupe, con

algunos soldados leales. Palacio fué ocupado por las tropas de la Ciudadela, y en la Presa de la Estanzuela, se celebró un convenio sometiéndose el presidente á las bases de Tacubaya, consintiendo en abandonar la presidencia y salir para Europa, lo que se verificó en breve plazo.

En 1844 cuando Santa Anna fué derrocado por la revolución, volvió á su patria, y en 1846, fué aclamado presidente del Congreso. La sublevación de Mazatlán, le impidió salir con la expedición á sus órdenes para California, y aun se batió contra Paredes, sometió á Huanajuato y Aguas Calientes y pacificó Sierra Gorda; más tarde se retiró á San Miguel de Allende, rehusando las súplicas, las insinuaciones, las cartas que se le dirigían para que abandonase su retiro, pero achacoso y agobiado por la edad y por los ataques de apoplejía, falleció el 6 de Febrero á los setenta y dos años, encargando en su testamento que fuera sepultado su corazón, junto al sepulcro de Itúrbide. El gobierno hizo vestir de luto al ejército durante ocho días, y se le hicieron costosos funerales.

En las condiciones morales del general Bustamante, resaltaban el sentimiento de la amistad, la esplendidez con que prodigaba el oro para sus amigos ó partidarios; era exacto para el cumplimiento de sus deberes, y amantísimo de la severidad militar.

Tales aptitudes menguaban en parte otros grandes defectos, y los muchos errores que cometió en su vida política.

CAPITULO ALFONSO